

SONIA NIMR

# Viajes extraordinarios por tierras misteriosas

*Traducción de Mónica Carrión*

Icaria ✿ editorial

## La maldición

Mi madre se puso de parto a lomos del burro en el que iba de la ciudad a nuestra aldea. Mi padre detuvo la caravana y le preparó una pequeña jaima al pie de la montaña. Fue un parto difícil, y si no hubiera sido por los conocimientos de su criada y las instrucciones que mi madre pese, a su estado, le iba dando, habría muerto en el parto. Mi madre se quedó en la jaima siete días con sus siete noches hasta que pudo continuar el tramo más difícil del viaje: el ascenso a la montaña.

Era un verano muy caluroso. Hacer un viaje así en esa estación del año era un suicidio, pero también era el único momento del año en el que el ancho río que rodeaba la montaña se secaba y se podía cruzar para ascender hasta nuestra aldea. Mi padre se había marchado de ese pueblo sin nombre hacía más o menos cuatro años pensando que nunca más volvería, pero el destino le había deparado algo distinto.

Nuestro «pueblo» era en realidad una aldea diminuta e inaccesible situada en una alta montaña. Sus habitantes vivían del campo y del ganado. Los hombres bajaban a la ciudad una vez al año, a pie o a caballo, y tardaban en llegar dos días. Allí vendían sus quesos, frutas, aceitunas y pieles, y compraban la ropa y las herramientas que necesitaban; a veces también compraban algunos libros. También se enteraban, por ejemplo, de lo que había pasado el año anterior y de quién gobernaba el país.

El «pueblo», como lo llamaban sus habitantes, estaba tan aislado que nadie sabía que existía excepto algunos comerciantes de la ciudad que tenían tratos con sus gentes. Nadie visitaba la aldea y solo los hombres mayores de edad iban a la ciudad, así que las mujeres no sabían cómo era ni cómo llegar hasta ella. Los hombres bajaban en verano cuando el río que rodeaba la montaña se secaba, pero el resto del año la aldea estaba aislada del mundo de forma natural por ese gran río caudaloso.

Todos los habitantes del pueblo eran parientes porque en origen provenían de una sola familia. Cuenta la leyenda que el *sheij* Saad, el primer *sheij* del pueblo, había huido del sur de Palestina cientos de años atrás por miedo a la venganza por haber matado a un hombre. Durante mucho tiempo anduvo vagando con su familia hasta que en sueños vio un gran árbol de hojas perennes que daba sombra a un gran tramo de una montaña. Así que nuestro abuelo puso rumbo al norte donde encontró el árbol y allí construyó su casa, y así fue cómo en esa montaña se fue creando la aldea.

Nuestra aldea tenía sus propias leyes y creencias que se habían consolidado a lo largo de los años y que promulgaba un consejo de *sheijs*. Los habitantes de la aldea creían, por ejemplo, que si alguien la abandonaba para irse a vivir a otro lugar lejos de allí, traía al pueblo maldición, desgracias y ruina. También creían que si un forastero llegaba a la aldea traía desgracias, tal vez la maldición eterna, y por eso estaba prohibido que los hombres se casaran con chicas de fuera. Las mujeres no podían salir del pueblo así que, ¿cómo iban a casarse con uno de fuera? Solo los hijos varones podían estudiar en la escuela coránica de la aldea; las chicas tenían prohibida la educación y no podían acercarse a la escuela por miedo a convertirla en un lugar impuro.

Y así vivió el pueblo muchos años. Las leyes se iban afianzando y complicándose tanto con los años que nadie osaba que-

darse en la ciudad más de las dos semanas reglamentarias y, por descontado, nadie se atrevía a casarse con nadie de fuera, las mujeres no pensaban en estudiar, ni las niñas en jugar. Nadie se atrevía a levantar la vista ante los *sheijs* de larga barba, gobernadores absolutos de ese pueblo olvidado. Cuando uno de ellos pasaba por el camino, los hombres dejaban de trabajar, saludaban con una reverencia y agachaban la mirada hasta que desaparecía de su vista. A las mujeres que trabajaban en el campo o que se quedaban en casa no se les permitía siquiera tener el honor de mirarlos a los pies y eso les gustaba por no decir que las hacía felices. La razón de esa alegría era que solo les estaba permitido visitar al *sheij* cuando tenían que comparecer ante el tribunal si sus maridos las denunciaban. En esos casos la sentencia de los jueces era muy dura: ordenaban que se golpeará a la mujer en la plaza del pueblo o que se la encarcelara en la casa de las esposas desobedientes de uno a tres meses en función de la acusación y de lo grave que esta fuera. La casa de las esposas desobedientes era una habitación pequeña situada en un extremo de la aldea, sin ventanas y sin luz, en la que la mujer tenía que vivir a pan duro y agua hasta cumplir su condena y prometer que no levantaría la cabeza delante de su esposo ni se atrevería a hablar con él si éste no tomaba la iniciativa.

Pese a todas esas estrictas leyes y a la extrema cautela que se tomaba, la maldición llegó a la aldea cuando cierto día Suleimán Radi huyó de allí para no volver. Los hombres del pueblo decían que se había enamorado de una chica de la ciudad, que era una genia que lo había vuelto loco y le había hecho cometer ese delito. La aldea quedó maldita desde su marcha y los *sheijs* no pudieron hacer nada al respecto.

La maldición era terrible y catastrófica: desde hacía 50 años las mujeres solo daban a luz a varones; incluso el ganado solo paría machos, y los hombres habían empezado a tener miedo por-

que la más joven del pueblo tenía 50 años. Las mujeres empezaban a escasear y los hombres agachaban la cabeza cuando sabían que sus esposas habían dado a luz a un varón. Los *sheijs* habían prohibido las fiestas tradicionales que se celebraban con ocasión del nacimiento de un niño y las mujeres, como tenían tantas ganas de concebir chicas, vestían a sus hijos como si fueran niñas y les dejaban el pelo largo.

Pese a todos los intentos, ni el curandero logró dar con la solución. Las oraciones tampoco funcionaron. Pese a los sacrificios y a los terneros que se degollaron, la aldea seguía maldita pero a pesar de todo el consejo de *sheijs* mantuvo la prohibición de que los hombres se casaran con mujeres de fuera de la aldea, creyendo que si atrapaban a Suleimán el huído y lo ofrecían en sacrificio la maldición se acabaría. Sin embargo, lo que nadie sabía era que Suleimán Radi había muerto a los pocos meses de llegar a la ciudad de una rara enfermedad. Su familia seguía buscándolo.

\* \* \*

Said, mi padre, era el niño más pequeño de la aldea. Cada año los hombres tenían por costumbre llevarse a la ciudad a todos los chicos que ese año cumplían los trece, y así mi padre, con su tío paterno, su padre y el resto de los hombres, llegó a la ciudad, y desde el momento en el que la vio, no dejó de pensar en ella. Lo primero que le sorprendió fue su tamaño y aquellos colores tan brillantes. En la aldea predominaban dos colores: el marrón y el negro, y sus derivados, si es que había posibilidad de sacar alguna gama de ellos. Los primeros *sheijs* habían prohibido los colores vivos porque consideraban que eran una señal de falsa grandeza e impusieron el negro y el marrón, los colores de la modestia y la fortaleza. Los colores de la ciudad bailaban ante mi padre con

todos sus reflejos al sol: el rojo, el verde, el rosa, el amarillo, el azul, el dorado.

Luego estaba el mercado. En su vida había visto tanta gente, tantas tiendas, tanta ropa, tantas cosas, tantos olores, tantos libros... Said encontró tiendas especializadas, algunas solo en la venta de libros, y le maravilló ver tantos ejemplares juntos en un solo establecimiento. La biblioteca de la aldea no tenía más libros que una de aquellas estanterías tan bien hechas. ¡Libros en las estanterías, por el suelo, en cajas, apilados unos encima de otros, montañas de libros!

Cuando llegó a la ciudad, Said le rogó a su padre que le permitiera comprar algunos libros, pero éste le recordó que solo la persona a la que el consejo de *sbeijs* le hubiera encomendado esa misión tenía permiso para ello, ya que únicamente ellos decidían qué libros se podían comprar. Estaba prohibido llevar al pueblo cualquier obra que no hubiera sido aprobada por el consejo, y quien no respetara la prohibición sería duramente castigado. Said, boquiabierto, se detuvo frente a la librería, deseando poder quedarse allí durante mil años para poder leer esas maravillas. Se coló en la tienda y paseó la mirada por el lugar. Encontró un libro de tapas rojas en piel con un dibujo de un pájaro de colores y una frase escrita con bonita caligrafía: *Viajes extraordinarios por tierras misteriosas*. Lo abrió y lo hojeó. Sus páginas estaban llenas de imágenes en color, mapas, nombres de ciudades y países de los que no había oído hablar, así como dibujos de animales y pájaros que superaban la imaginación.

Mi padre se quedó un buen rato contemplando las imágenes del libro y la belleza de su caligrafía sin darse cuenta de que el dueño de la librería lo estaba vigilando. De pronto, advirtió la voz del hombre que le preguntaba si quería comprar el libro. Mi padre se disculpó y volvió a ponerlo en su sitio sin dejar de mirarlo. Cuando el librero intentó convencerlo de que lo comprara,

mi padre se justificó diciendo que estaba prohibido llevar libros así a su aldea. Entonces el librero comprendió que Said venía de «esa aldea» y lo invitó a visitarlo cada día durante su estancia en la ciudad para leer la mayor cantidad de libros posible antes de marcharse.

Al día siguiente, los hombres se separaron. Unos fueron a intercambiar productos, otros a buscar un médico, un mago o un charlatán que los ayudara a terminar con la maldición de la aldea; el resto se dispersó por todas partes para buscar y preguntar por Suleimán, hasta volver a encontrarse por la tarde en el caravasar.

Said tenía una oportunidad de oro. Corrió a la librería y se detuvo en la puerta indeciso. La tienda estaba abierta pero ni rastro del librero. Una voz dulce le preguntó si buscaba alguna cosa o algún libro en concreto. Said miró frente a él y vio a una chica de su edad, guapa y delicada, como de ensueño, que le contó que era la hija del librero, que su padre se había ido a rezar a la mezquita y que ella ocupaba su lugar hasta que él regresara.

Said no entendió una palabra de lo que le decía. Estaba aturrido y sudando porque en su vida había visto una chica igual, bueno, en realidad nunca había visto una chica y su madre era la mujer más joven de la aldea. Además, las mujeres del pueblo iban completamente tapadas, cabeza incluida, con una túnica negra. Sin embargo, aquella chica llevaba el rostro y la cara descubiertos. Le explicó que se llamaba Yawáhir y que le gustaban los libros, lo que lo dejó pasmado porque a las mujeres de la aldea no les estaba permitido leer. Tartamudeando le preguntó si había leído todos los libros de la librería. Ella se echó a reír y le contestó que lo estaba intentando. Señaló un libro de tapas rojas que era su favorito porque la transportaba a mundos lejanos, ciudades nuevas, con gentes cuyas costumbres diferían según sus formas y colores.

Said se sentó en el suelo y escuchó a Yawáhir hablarle de libros, de su deseo de viajar un día a esos mundos y lugares. Said dejó de

tartamudear tanto y la avasalló a preguntas sobre la ciudad y la vida allí: si era verdad que había lugares públicos para bañarse, si el príncipe que gobernaba estaba casado con diez mujeres, y mil y una preguntas más. Yawáhir, a su vez, le preguntó por su aldea y sus habitantes, por sus costumbres y sus leyes.

Pasaron las dos semanas reglamentarias de la visita a la ciudad y Said tenía que volver a la aldea. Fue a despedirse del librero y de su hija y, cuando ya se había alejado un poco, Yawáhir, con el corazón roto, lo llamó y le entregó el libro *Viajes extraordinarios por tierras misteriosas* diciéndole que era un regalo. Said no podía rechazarlo, así que se lo escondió en los pliegues de la ropa y se alejó de allí. Sabía que no olvidaría esa visita, que quedaría marcada en su mente y en su corazón. Se alejó deprisa palpando el libro, ese libro que lo reuniría con mi madre otra vez, el único libro que yo me llevé conmigo cuando me marché de la aldea para siempre.

Los hombres regresaron de la ciudad con mercancías, medicamentos y ropa, pero al mismo tiempo desesperados porque no habían logrado saber nada de Suleimán ni habían encontrado un remedio contra la maldición del pueblo. Said volvió con un libro mágico en los pliegues de la ropa y con la cabeza y el corazón en la ciudad. Desde ese momento su obsesión fue regresar allí para volver a ver a Yawáhir, que lo había enamorado y llenado todo su ser de amor.

\* \* \*

Mi padre quería dejar la aldea y marcharse a la ciudad, pero no sabía que su marcha iba a ser el comienzo de un viaje de infelicidad y desafíos; no imaginaba que ese viaje terminaría en la aldea que había abandonado. Ahora que ya tenía 20 años pudo acompañar a los hombres a la ciudad con un libro rojo entre los pliegues de la ropa y un plan secreto en la cabeza. Dejó la aldea guiado solo por



su corazón y se detuvo, indeciso, frente a la librería. Yawáhir, que había crecido y se había convertido en una mujer muy guapa, se asomó, y a Said se le paró el corazón, se detuvo ante ella tartamudeando y sudando, como la primera vez. Ella lo invitó a sentarse y se pusieron a hablar como si no hubieran pasado siete años desde la última vez que estuvo allí. Se sacó el libro de entre la ropa y se lo devolvió, pero ella no lo aceptó porque era un regalo.

Cuando llegó el librero le dio la bienvenida y cuando Said le explicó que su plan era quedarse en la ciudad le ofreció trabajo como vendedor de libros. Así fue como desapareció Said.

Los hombres de la aldea lo buscaron por todas partes e incluso aplazaron durante dos días su regreso a la aldea, pero resultó en vano. Pensaron que algo malo le había sucedido, y aunque algunos malpensados creían que se había escapado, como Suleimán, no se atrevieron a decirlo en voz alta porque Said era el nieto del jefe de los *sheijs* de la aldea y no se le podía haber ocurrido escaparse.

Los hombres regresaron al pueblo sin Said, desesperados y con miedo al enfado del *sheij*.

Por su parte, Said comenzó a trabajar en la librería, lo que tanto le gustaba. Cuando había poco movimiento en el mercado y pocos clientes, se sentaba en un rincón de la tienda a leer o a hablar de libros o de cualquier cosa con Yawáhir y su padre. Said los consideraba un prodigio por todo lo que sabían y porque eran muy abiertos.

Poco después, Said y Yawáhir se casaron y vivieron felices y tranquilos durante un tiempo. Cuando murió el padre de Yawáhir, ambos siguieron dirigiendo la librería. Mientras tanto, los vecinos del pueblo habían vivido tres años aterrorizados, con miedo a que les sucediera otra tragedia o una maldición peor por la desaparición de Said. Y cada vez que iban a la ciudad lo buscaban.

Mi madre estaba en su último mes de embarazo cuando mi padre se encontró, por pura casualidad, con Omar, su amigo y compañero de la infancia. Durante las dos semanas que pasaban los hombres de la aldea en la ciudad mi padre desaparecía, pero esta vez mi madre tuvo un dolor muy fuerte y él se vio obligado a ir al herbolario para que le prepararan unas hierbas para ella, y fue allí donde se encontró con Omar, quien también estaba comprado unas plantas medicinales. Said lo cogió de la mano y lo llevó a la librería. Desapareció detrás de una cortina y no lo dejó marcharse hasta arrancarle la promesa de que no diría ni una sola palabra a los vecinos de la aldea.

Mi padre supo por Omar que mi abuelo había muerto el año anterior; que la aldea seguía maldita y que la gente todavía seguía maldiciendo a Suleimán. Sobre Said se guardaba un silencio total y la gente del pueblo tenía prohibido pronunciar su nombre o siquiera mentarlo, como si nunca hubiera existido.

Esto le dolió mucho a mi padre, pero perdonó a los de su aldea. Supo también que su madre estaba muy enferma y que, pese a esa prohibición, lo tenía en la boca día y noche. Quería verlo, aunque fuera solo un momento, antes de morir. Entonces fue cuando mi padre decidió volver a la aldea, así que vendió lo que pudo, y el resto de los muebles y la mayoría de los libros de la biblioteca que no vendió los colocó en una caravana de burros y puso rumbo al pueblo.